

XVII

día siguiente fué Jorge al ministerio, pero estuvo poco tiempo. En la calle le molestaba la presencia de los conocidos y de los extraños: creía que *todos lo sabían*; en las miradas más naturales veía intención, y en los más inocentes apretones de manos, un pésame: los carruajes que pasaban sospechaba si serían los que condujeron á ella al *rendez-vous*, y en todas las casas creía ver la infame fachada del *Paraiso*. Volvió á casa más sombrío y disgustado de la vida, y oyó, al entrar en el corredor, que Luisa cantaba la *Mandolinata* como en otro tiempo.

Se estaba vistiendo.

—¿Cómo estás?—preguntó él dejando el bastón en un rincón.

—Estoy bien, mucho mejor; un poco debil aun...

Jorge dió algunos pasos por el cuarto.

—¿Y tú?—preguntó ella.

—Así, así...—dijo con tal desconsuelo, que Luisa dejó el peine y se fué á él despeinada, poniéndole las manos en los hombros cariñosamente.

—¿Qué tienes? Tú tienes algo... ¡Te encuentro tan

variado hace días! ¡No eres el mismo! A veces tienes una cara de reo... ¿Qué es? ¡Dímelo!

Y sus ojos buscaban los de él, que se desviaban turbados.

Le abrazó, é insistió. Quería que se lo dijese todo á "su mujercita.."

—Díme... ¿qué tienes?

El la miró fijamente, y de pronto con violenta resolución:

—¡Pues bien, te lo diré! Ya estás buena, puedes oír... ¡Luisa, vivo en un infierno hace dos semanas, y no puedo más! Estás ya buena, ¿verdad? Pues bien... ¿qué quiere decir esto? ¡Dí la verdad!

Y puso ante sus ojos la carta de Basilio.

—¿Qué... es q...—articuló ella, lívida y temblándole el papel en la mano.

Abrió la carta, vió la letra de Basilio y adivinó todo de una ojeada; miró á Jorge un momento como loca, extendió los brazos sin poder hablar, llevó las manos á la cabeza con ansioso ademán, como si en ella se sintiese herida, y tambaleándose, cayó, dando un ronco grito, sobre las rodillas, y luego cuan larga era sobre la alfombra...

Jorge gritó, y las criadas acudieron. La pusieron en la cama. Jorge quiso que Juana corriese en busca de Sebastián, y quedó petrificado junto al lecho, mirándola, mientras Mariana desataba el corsé de su señora.

Sebastián llegó en seguida. Había éter y se lo hicieron respirar, y apenas abrió los ojos, se precipitó Jorge sobre ella.

—¡Habla, Luisa, escúchamel! ¡No dudo, no; pero áblamel! ¿Qué tienes?

Al oírle se desmayó otra vez. Movíala el cuerpo en sacudimiento convulsivo. Sebastián corrió á llamar á Julián.

Luisa parecía aletargada; inmóvil, blanca como la cera y con las manos sobre la colcha; dos lágrimas la mojaban el rostro.

Paró el coche, y apareció Julián sofocado.

—¡Se puso mal de pronto, Julián!... ¡Ven, está muy mala!

Hiciéronla respirar más éter, y volvió á despertar. Julián la habló pulsándola.

—No... no quiero... nadiel—murmuró ella retirando la mano, y repitió impaciente:—¡No quiero... irsel

Sus lágrimas continuaban. Salieron de la alcoba para no contrariarla, y la oyeron llamar:

—¡Jorgel...

Entró y se arrodilló al lado de la cama, y la habló junto al rostro.

—¿Qué tienes?... Vamos, no se hable más de ello: se acabó. No estés mala; yo te adoro, te lo juro...; fuese lo que fuese, no quiero saberlo; no quiero saber nada, no...

Como ella fuese á hablar, la puso la mano en la boca.

—No quiero oír nada...; quiero que estés buena, que no sufras... Dime que estás buena... Mañana iremos al campo, y se olvidará todo... Fué una cosa que ya pasó...

—Jorge... Jorge...—articuló ella con voz ahogada.

—Bueno, sí... pero ahora vas á ser feliz otra vez... Dime, ¿qué sientes?

—Aquí—contestó ella llevando las manos á la cabeza.—¡Me duele!

Jorge intentó llamar á Julián pero ella le detuvo y devorándole con sus ojos febriles avanzó el rostro y le presentó la boca. El se inclinó y le dió un beso en los labios, largo... largo... y lleno de perdón.

—¡Ay mi pobre cabezal—murmuró Luisa.

Sufría fuertes latidos de sienes y un calor seco y ardiente la teñía el rostro.

Como padecía jaquecas, Julián les tranquilizó recomendando sosiego absoluto y sinapismos en los pies hasta que él volviese.

Jorge quedó junto á la cama triste y lleno de presentimientos, suspirando á ratos.

Caía una menuda lluvia de nieve; eran las cuatro y en la alcoba filtrábase una luz lúgubre.

—No será nada—decía Sebastián.

Luisa se agitaba en el lecho, apretando la cabeza con las manos, torturada por el dolor que crecía y sedienta.

Mariana limpiaba de puntillas, admirada de aquella casa, en que sólo veía penas y enfermedades; pero hasta su leve pisar molestaba á Luisa, como si fueran martillazos en el cráneo.

Julián no tardó; desde la puerta de la alcoba inquietóle el aspecto de la enferma; encendió un fósforo y se lo aproximó: aquella luz hizo á Luisa dar un grito como si un frío puñal la atravesara la cabeza.

Su dilatada mirada tenía un brillo metálico. Estaba quieta porque el movimiento le producía dolores horribles en la nuca y sólo de vez en cuando sonreía á Jorge con expresión de serena y muda aficción.

Julián buscó tres almohadas para que tuviera la cabeza alta. Fuera caía el crepúsculo húmedo. Andaban de puntillas, con tiento, y pararon el *tic-tac* monótono del reloj de pared. La enferma empezaba á murmurar sonidos fatigados y á volverse con movimientos bruscos que la arrancaban gritos, ó gemía inmóvil angustiosamente. La habían envuelto las piernas con los sinapismos, pero no los sentía. A las nueve empezó á delirar y se le puso la lengua blanca y dura, con el aspecto de yeso sucio.

Julián la aplicó compresas frías a la cabeza; pero el delirio se exacerbó.

Ya era un murmurio o vago ronquido en el que los nombres de Leopoldina, de Jorge y de Basilio se sucedían; ya se debatía y rasgaba la camisa con la mano, y queriendo incorporarse, revolvía los ojos en las órbitas, como puntas plateadas en las que desaparecía la pupila.

Descansaba un poco: sonreía con la dulzura de idiota; con lentos movimientos cogía la sábana, que acariciaba con extraño goce; luego empezaba a respirar con ansia, decía algo aterrada y quería ocultarse entre las almohadas y los colchones, como huyendo de pavorosos fantasmas; se apretaba la cabeza y pedía que se la abriesen y quitasen las piedras de que estaba llena. ¡Piedad para ella! Y corrían sus lágrimas hilo a hilo. No sentía los sinapismos. Pusiéronla los pies al vapor de agua caliente llena de mostaza; acre olor llenaba el cuarto. Jorge la hablaba con exceso de palabras consoladoras y suplicantes: la pedía que se tranquilizase, que le reconociese. De pronto se irritaba Luisa, pedía sus cartas, maldecía a Juliana, y entre palabras de amor, nombraba sumas de dinero. Jorge temía que el delirio revelase todo a Julián y a las criadas, y sudaba. Cuando ella, creyéndose en el «Paraiso» y en las exaltaciones del adulterio, pidió «champagne» y profirió frases libertinas, huyó de la alcoba como un loco, entró a obscuras en la sala y se tiró sobre el diván sollozando, debatiéndose, blasfemando.

—¿Está en peligro?—preguntó Sebastián.

—Sí—contestó Julián—. Si sintiese los sinapismos... Pero estas malditas fiebres cerebrales...

Callaron al ver entrar a Jorge en la alcoba con el rostro como el de un muerto.

Julián le cogió del brazo y le llevó fuera.

—Oye. Es preciso cortarla el cabello.

—¡El cabello no; eso no, por amor de Dios! ¡No está de peligro!... ¿Para qué eso?

¡Pero aquella masa de pelo impedía la acción del agual!

—Mañana; si es preciso, mañana. Espera hasta mañana, y yo te lo agradeceré, Julián...

Este consintió a la fuerza, pero hacía humedecer constantemente la cabeza con compresas, y como Mariana, toda trémula, mojase mucho la almohada, Sebastián se colocó a la cabecera exprimiendo toda la noche una esponja que go-teaba lentamente; había jarras en el balcón para que el agua se helase. El delirio calmó un poco por la noche, pero la mirada inyectada tenía aspecto salvaje y las pupilas parecían apenas un punto negro.

Sentado Jorge al pie de la cama, con la cabeza entre las manos, la miraba; recordaba vagamente otras noches de vela, cuando estuvo con la pulmonía y mejoró. Hasta quedó más lívida, con tonos pálidos, que la endulzaban el rostro. Irian al campo cuando convaleciese; alquilaría una casita y volvería en el ómnibus, viéndola de lejos en el portal, saliendo a recibirle con un vestido claro, al caer suavemente la tarde... Pero se quejaba ella, y Jorge levantaba la vista sobresaltado; no le parecía la misma; se le figuraba que iba desapareciendo en aquella atmósfera de fiebre que reinaba en la alcoba, en el pesado silencio de la noche, en el fuerte olor de la mostaza. Sollozaba y volvía a caer en su inmovilidad.

Juana rezaba arriba. Las bujías se extinguían.

Por fin, vaga claridad dibujó en las blancas cortinas los plomos de la vidriera. Amanecía; Jorge se levantó y fué a mirar a la calle. No llovía ya y el ambiente tenía un vago tinte pálido. Todo dormía.

Una toalla olvidada en el balcón de los Acevedos, se movía lentamente al frío viento.

Entró en la alcoba. Luisa hablaba con voz fatigosa; sentía vagamente los sinapismos, pero el dolor de cabeza no cesaba. Comenzó á agitarse y á poco volvió el delirio. Julián ordenó entonces que se le cortase el cabello.

Sebastián corrió á buscar un peluquero á la calle de la Escuela. Llegó en seguida con aire transido y subido el cuello del gabán. Sacó de un saquito de cuero las navajas y las tijeras, con sus dedos gra-sientos por las pomadas.

Jorge se fué á la sala; le parecía que caían pedazos de su dicha con aquellas hermosas trenzas, destruidas á tijeretazos; con la cabeza entre las manos, recordaba ciertos peinados que ella usaba, noches en que sus cabellos se despeinaron en el frenesí de la pasión, tonos que tomaban á la luz. Volvió, irresistiblemente atraído, á la alcoba, sintió el ruido metálico de las tijeras y vió sobre la mesa, en una tacita, una brocha vieja entre burbujas de espuma. Llamó en voz baja á Sebastián:

—¡Dile que se dé prisa, porque ardo á fuego lento!
¡Que se dé prisa!

Fué al comedor. Vagó por la casa. La mañana clareaba fría; se levantó el viento, que iba arras-trando en girones las nubes de un blanco pálido.

Cuando volvió al cuarto, el peluquero guardaba las navajas lentamente, y tomando su viejo sombrero, salió de puntillas, murmurando en tono fúnebre:

— Celebraré la mejoría. Dios querrá que no sea nada.

El delirio cesó al cabo de una hora y Luisa cayó en somnolencia, dando débiles gemidos que salían de sus labios como el lamento interior de la vida vencida.

Jorge indicó á Sebastián que deseaba llamar al doctor Caminha. Era un viejo médico que conoció á su madre y que curó á Luisa de la pulmonía al segundo año de casada. Conservaba Jorge admiración agradecida por aquella reputación anticuada, y ahora se volvía hacia él su esperanza, ansiando su presencia como la aparición de un santo.

Julián condescendió, porque hasta le estimaba. Sebastián fué corriendo á casa del doctor.

Luisa, que salió un momento de su letargo, les sintió hablar bajo y llamó con su voz apagada á Jorge.

—¡Me han cortado el cabello!—dijo tristemente.

—Ha sido por tu bien—dijo Jorge, casi tan agonizante como ella.— Ya crecerá y será mejor.

Ella no respondió y brotaron dos lágrimas de sus ojos.

Debía ser aquella su última sensación; la postración comatosa la iba paralizando; apenas si su cabeza se movía dulcemente sobre la almohada, gimien-do siempre con triste fatiga; la piel palidecía como el cristal de una ventana tras de la que se apaga lentamente una luz, y hasta los ruidos de la calle, que empezaban á surgir, no la impresionaban, como si fuesen distantes ó se apagasen entre algodones.

Al medio día apareció doña Felicidad y se quedó petrificada al verla tan grave. ¡Ella, que venía á buscarla para ir á la Encarnación y harta de tiendas! Dejó el sombrero y se instaló; hizo arreglar la alcoba, tirar los vasos y los sinapismos usados que andaban por el suelo, compuso la cama "porque no había nada peor para un enfermo que el desarreglo de la alcoba" y animó valientemente á Jorge.

Paró un coche á la puerta. Era el doctor Caminha al fin. Entró abrigado en su bufanda á cuadros verdes y negros, quejándose del frío y tirando lenta-

mente de los guantes, que puso metódicamente dentro del sombrero, adelantó hacia la alcoba cándidamente, atusando con la mano los cuatro pelos grises aplastados contra la cabeza por el cepillo.

Julián y él quedaron solos en la alcoba.

Fuera esperaban los demás, callados, junto a Jorge, pálido como la cera y con los ojos encendidos como carbones.

—Se le va a poner un cáustico en la nuca—salió diciendo Julián.

Jorge devoraba con la vista al doctor Caminha, que se puso los guantes tranquilamente, diciendo:

—Veremos con el cáustico... No está bien y puede estar peor. Volveré, amigo mío, volveré.

Fué inútil el cáustico; no lo sintió; inmóvil y pálida, con las facciones contraídas, vibraban los nervios del rostro con temblores rápidos.

—Está perdida—dijo Julián en voz baja a Sebastián.

Doña Felicidad habló de Sacramentos.

—¿Para qué?—gruñó Julián impaciente.

Doña Felicidad declaró que tenía escrúpulos, que era pecado mortal, y llamando a Jorge al hueco de una ventana, díjole toda trémula:

—No se asuste usted, Jorge, pero sería bueno pensar en los Sacramentos.

—¡Sacramentos!—murmuró aterrado.

Julián llegó brusco e irritado.

—¡Nada de tonterías! ¿Para qué los Sacramentos, si ella no oye, ni comprende, ni siente? Es preciso ponerle otro cáustico, tal vez ventosas. ¡Estos son los sacramentos, éstos!

¡Pero doña Felicidad se escandalizó y comenzó a llorar.

—Se olvidan de Dios, y en Él sólo está el remedio—decía sonándose con estruendo.

—¿Y qué hace Dios por mí?—exclamó Jorge saliendo de su sopor, manoteando y como revolviéndose contra una injusticia—. Porque, ¿qué he hecho yo para ésto, qué he hecho?

Julián ordenó otro cáustico. Había algo de desorden en la casa. Juana entraba a lo mejor con un caldo que nadie pedía y con los ojos rojos de llorar. Mariana sollozaba por los rincones. Doña Felicidad iba y venía, se metía en la sala para rezar, haciendo votos y recordando que se llamase al doctor Barbosa o al doctor Barzal.

Luisa seguía inmóvil; un color macilento daba a sus facciones un tinte tímido y rígido.

Julián pidió extenuado una copa de vino y un poco de pan. Se acordaron entonces de que no habían comido desde la víspera, y fueron al comedor; Juana, siempre hecha un mar de llanto, sirvió una sopa y huevos; pero no encontraba platos ni cucharas: murmuraba rezos y pedía que la dispensasen. Jorge, entretanto, con los ojos hinchados, fijos en el borde de la mesa, con el rostro contraído, hacía dobleces en la servilleta.

Al cabo de un rato dejó la mesa y bajó a la alcoba. Mariana estaba sentada al pie de la cama. Jorge la dijo que fuese a servir la mesa, y apenas se fué, dejóse caer de rodillas, tomó una de las manos de Luisa y la llamó bajito, y después más alto.

—Escucha... ¡Oyeme, por amor de Dios! ¡No estés así; haz por mejorar! ¡No me dejes en este mundo; porque no creo en otro! ¡Perdóname; dime que sí; hazme una seña que me lo digal... ¡No me oye, Dios mío!

Y la miraba ansioso; ella no se movía.

Jorge levantó los brazos desesperado.

—¡Sabes que creo en ti, Dios mío! ¡Sálvala, sálvala!

Y añadió, elevando el alma á las alturas:

—¡Oyeme, Dios mío! ¡Escúchamel ¡Sé bueno!

Miraba... miraba, esperando un movimiento, una voz, un milagro... Pero todo le parecía más quieto. El rostro lívido se hundía; el lienzo que le envolvía la cabeza, medio caído, dejaba ver el cráneo pelado, ligeramente amarillo. Se puso la mano en la cabeza, vacilando, cobarde; le pareció que estaba fría. Ahogó un grito, corrió afuera, y dió con el doctor Caminha, que entraba, tirando pausadamente de los guantes.

—¡Doctor, ha muerto! ¡No habla; está fría!...

—¡A ver, á ver!—contestó.—¡Nada de barullo, nada de barullo!

Tomó el pulso á Luisa y le sintió huir bajo sus dedos, como la espirante vibración de una cuerda.

Julián llegó en seguida, y convino con el doctor Caminha en que eran inútiles las ventosas.

—No las sentiría—dijo el doctor, sacudiéndose el tabaco de los dedos.

—¿Y si se le diese un poco de cognac?—dijo de pronto Julián. Y añadió, al ver la mirada espantada del doctor:—A veces, estos síntomas de comatosis no significan que esté desorganizado el cerebro; pueden ser la inacción de la fuerza nerviosa. Si la muerte es inevitable, nada se pierde, y si es una depresión del sistema nervioso, se puede salvar...

El doctor Caminha, con el labio caído, movía incrédulo la cabeza.

—Teorías—murmuró.

—En los hospitales ingleses...—empezó Julián. Caminha se encogió de hombros con desprecio.

—Si el doctor leyese...—insistió Julián.

—¡No leo nada!—dijo Caminha con voz recia.—Los libros deben ser los enfermos.—Y añadió incli-

nándose irónicamente:—Sin embargo, si mi querido colega quiere tentar la prueba...

—¡Una copa de cognac ó aguardiente!—pidió Julián desde la puerta.

Caminha se sentó tranquilamente, "para gozar en el fracaso del entendido colega".

Alzaron á Luisa y Julián le hizo tragar el cognac. Cuando la acostaron, quedó en la misma inmovilidad comatosa. El doctor Caminha sacó el reloj, miró la hora y esperó. Reinaba ansioso silencio. Al fin, se levantó el doctor, tomó el pulso á la enferma y palpó la creciente frialdad de las extremidades, luego cogió silencioso el sombrero y empezó á ponerse los guantes.

Jorge fué con él hasta la puerta y le dijo, cogiéndole con fuerza del brazo:

—¿Qué, doctor?

—Se hace lo que se puede—dijo el anciano encogiéndose de hombros.

Jorge se quedó alelado en el descansillo, viéndole bajar. Sus pasos lentos en la escalera caían sobre su corazón con percusión dolorosa. Se inclinó sobre la barandilla y le llamó quedo. El doctor se detuvo y levantó la vista; Jorge puso las manos para recoger la voz y dijo con ansiedad humilde:

—Entonces... ¿no hay esperanza?

El doctor hizo un gesto vago y le indicó el cielo.

Jorge volvió á la alcoba apoyándose en las paredes. Entró y se puso de rodillas á los pies de la cama, y allí quedó con la cabeza entre las manos, sollozando bajo.

Luisa se moría. Sus hermosos brazos que acostumbraba á acariciarse ante el espejo, estaban ya paralizados; sus ojos, á los que dió llamas la pasión y la voluptuosidad lágrimas, se hundían.

Dña Felicidad y Mariana habían encendido una

lamparilla ante una estampa de la Virgen de los Dolores y rezaban de rodillas.

El crepúsculo caía tristemente y parecía tener un fúnebre silencio.

Sonó discretamente la campanilla y á poco apareció la figura del Consejero Acacio. Doña Felicidad se incorporó, y al ver sus lágrimas, dijo lúgubremente el Consejero:

—¡Vengo á cumplir con mi deber; á ayudarles en este triste trancel

Dijo que halló casualmente al doctor Caminha, quien le participó la fatal ocurrencia. Pero no quiso entrar en la alcoba. Se sentó, diciendo en voz baja á doña Felicidad:

—¡Prosiga usted sus oraciones!... ¡Dios es inexorable en sus designios!

En la alcoba Julián pulsó á Luisa y miró á Sebastián, haciéndole señal como de algo que vuela y desaparece... Se acercaron á Jorge, que no se movía le rodillas y con la cara metida en la cama.

—Jorge —le dijo Sebastián, muy bajo.

Levantó el rostro desfigurado y envejecido, con el cabello sobre la frente y las ojeras pronunciadas.

—Vamos, ven —dijo Julián. Y añadió, al ver el espanto en su mirada: —no, no ha muerto; está suñida en aquella somnolencia... Vamos...

Jorge se levantó y dijo dulcemente:

—Bueno, ya voy... Estoy bien... gracias...

Y salió de la alcoba.

El Consejero se levantó y le abrazó solemnemente:

—Aquí estoy, querido Jorge.

—Gracias, Consejero, gracias...

Dió algunos pasos por la habitación; parecía preocupado con un paquete que estaba sobre la mesa; al ir á tocarlo, lo descubrió un poco y vió el cabello

de Luisa. Los miró pasándolos de una mano á otra, y dijo besándolos tiernamente:

—¡Le gustaban tanto, pobrecilla!...

Volvió á entrar en la alcoba, pero Julián le cogió y quiso apartarle del lecho. El resistía suavemente, y dijo, mostrando una bujía que había sobre la mesa de noche:

—Tal vez la incomode la luz...

—¡Ya no la puede ver, Jorge! —respondió Julián conmovido.

Se soltó de la mano de Julián y se arrojó sobre la muerta; la cogió entre las manos la cabeza con exquisito cuidado y la miró un momento; después... la dió sobre los fríos labios un beso y otro, murmurando: —¡Adiós! ¡adiós!

Se puso en pié, abrió los brazos y cayó al suelo.

Todos acudieron, le levantaron y le pusieron sobre la *chaise longue*.

Y mientras Doña Felicidad, anegada en llanto, cerraba á Luisa los ojos, el Consejero, siempre con el sombrero en la mano, cruzaba los brazos y moviendo su respetable calva, decía á Sebastián:

—¡Qué profundo disgusto de familiar!